

Ni el tiempo ni el dolor, con su constante asedio, son capaces de destruir la fe vital de Jorge Guillén. Su Cántico se ha ido levantando, muy erguido, sobre esa fe. De ahí, la voz de perdurabilidad, el ámbito lúcidamente mágico de este libro excepcional, cuya música —como la de los violines guillenianos del poema Música, sólo música— parece crear un mundo «donde nunca hay muertos».

